

Crónica de un viaje

EL REGRESO

La noche de invierno andaba suelta con todas las agujas de frío que pudo reunir. Hacía mucho tiempo que caminábamos y ya el cansancio nos subía por las piernas. De pronto, al doblar una esquina, topamos con la misma puerta de que habíamos partido. Sobre el dintel tallado se leía el viejo letrero: POSADA, COCINA FAMILIAR. Habíamos caminado durante horas, hasta la fatiga, sin alejarnos un tiro de piedra del punto de partida. Aunque nos abatió un poco no fué una sorpresa. La oscuridad era grande y, antes de salir, todos nos habían dicho que era fácil extraviarse.

Permanecemos algunos minutos indecisos hasta que mi compañero me dirigió una mirada suplicante —era más débil que yo y seguramente estaba muy cansado. El único problema era el cachorro que encontráramos en la nieve y que ahora llevaba mi compañero bajo el abrigo. En caso de presentarse dificultades —todos sabemos que en los hospedajes no se admiten cachorritos— podíamos dirigirnos a la casa de enfrente, porque también tenía la puerta entornada, como invitándonos. Esta competencia muda nos solucionaba, por el momento, el problema. Sin duda mi amigo tenía más confianza con la posada del cartel y así me lo indicaba, echando en dirección a la puerta preferida bocanadas de aliento, que quedaban suspendidas en el hielo de la noche. Le guiñé un ojo y entramos.

No bien traspusimos el umbral alguien de afuera atrancó la puer-

ta. Me desagradó. Primero porque la atrancaron sin ningún disimulo, con grandes golpes de maza sobre las trancas y chirridos oxidados de candados y cadenas, y además porque la puerta era maciza y negra, con mirilla, como la de una celda. Pero adentro el aire era tibio y reconfortante. La comodidad inmediata nos vuelve inconscientes a los hombres: pronto me olvidé del asunto.

Estaban los de siempre, hasta el valet zingaro. Este, al ver a mi compañero —que a pesar de mi olvido se llama Basilio— se abalanzó sobre él, lo tomó por la cintura y lo condujo amorosamente a un sofá con cojines de seda. Allí se arrellanó Basilio como sólo podría hacerlo un niño perdido en el bosque, que recobraría el seno de su madre. Si Basilio estaba cómodo yo podía acomodarme en cualquier parte. Me escurrí bajo la mesa y pronto el sueño me cubrió dulcemente. No puedo precisar si soñé o si ocurrió en algún momento de vigilia, pero recuerdo al valet —¡bien! podía darse cuenta que sus aros de mujer desentonaban—! recuerdo al valet palpando confianzudamente el bulto que hacía el perrito bajo el abrigo de Basilio.

Creo que dormí bastante, quizá demasiado. No había rogado a nadie que me despertara y sólo por casualidad me despabilaron los ladridos alegres del cachorro: todos le hacía fiestas y ladraba ufano. La atmósfera asfixiaba. Panzudas volutas de humo azulado se apretaban contra el cielorraso. Me levanté restregándome los ojos. Semidormido aun vi que en la casa de enfrente habían sacado una corneta de propaganda por la ventana y suplicaban a gritos que les mostráramos el cachorro a través del vidrio. Pero nadie hizo caso. Además el zingaro debía ser muy egoísta porque ocultó el perrito bajo la alacena haciéndole una cucha con frazadas viejas. Viendo esta injusticia creí llegado el momento de insinuar mi autoridad y mis derechos sobre el bichito. Miré a Basilio con el ceño fruncido inquiriendo por qué se hacía eso. Su indiferencia me desarmó. Mirando hacia otro lado y señalando con el pulgar hacia abajo me indicó claramente que el único responsable era yo.

—¡Qué culpas!— me dije, mientras la sangre me llenaba la cabeza de ira. Le dí la espalda para no agravar la pequeña fisura que vi nacer entre nosotros. Además todo era muy confuso. Recién me despertaba y el aire de la habitación se tornaba francamente irrespirable.

ALIMENTACION

—Bueno... ¡a comer! —dijo la vieja con entusiasmo, parada sobre la mesa.

Seguramente tenía dolor de muelas porque llevaba un pañuelo blanco bajo la quijada, atado con un moño en la coronilla. Este pañuelo no sólo mantenía reunidas las muelas, sino que además le estrechaba lateralmente la visión, como las anteojeras de un caballo. Debía sentirse incomodísima. Giraba constantemente la cabeza como una lechuza, ya que su campo visual amputaba sin remedio las escenas. Sólo la alegría de la voz, al llamar a la mesa, contrastaba con su aspecto débil y agobiado. Pero pocos minutos después se descubrió que todo era una farsa —incluso el pañuelo blanco—, pues saltó ávidamente sobre unos platos hinchados de comida y los devoró sin saber siquiera lo que engullía.

El primero en imitarla fué su gato persa, que lamió hasta la última gota de caldo. Miró después a su ama con cara de nene vivo: si hubiera sido perro habría meneado la cola. Era un cuadro conmovedor de entrega. Pero la vieja —quizá por falta de sensibilidad— hirió sin consideración al pobre animal. Le espetó —algunas gotas de saliva quedaron brillando como gotas de rocío entre los bigotes del gato—, le espetó en la nariz con tono zumbón:

—No es gran cosa lo que has hecho, pero vamos a dejarlo pasar.

Y no satisfecha con eso, mientras el gato trotaba cabizbajo hacia un rincón, estiró el cuello y gritó con sadismo:

—¡Ni pienses que con esto basta! ¡Ni sueñes! ¡Gato! —dijo esto último como la más despreciable bñiga a que pudiera echar mano.

Me acerqué a la mesa y comencé a tragar mi parte con repugnancia. Se trataba de un puré azulado y pegajoso que seguramente estaba condimentado con el aire viciado de la habitación. Además era incomodísimo que todos me observaran atentamente mientras comía. Si dejaba un instante la cuchara en el plato el cerco de ojos se aguzaba malignamente. Hasta Basilio y el gato —que poco antes compadeciera— me lanzaban miradas cargadas de reproches.

Tras sudores y trabajos interminables conseguí englutir todo. Por supuesto nadie quedó conforme; si siquiera yo mismo. Sentía el estómago pesado, de plomo, seguramente por no haber masticado bien. Y el único momento de placer que pude haber tenido me lo arruinaron. Mientras comía una guinda, caída por casualidad en mi plato, el zingaro me dijo:

—¡Cómo te regodeás, asqueroso, con lo que te gusta! Esa guinda era mía y he pasado quince días apaleando nieve para conseguirla.

Sentí impulsos de escupirle el carozo en un ojo, pero me contuve y le respondí sin mucha convicción:

—No te preocupes por eso. Volveré a apalear toda la nieve a su lugar cuando pueda.

El gesto burlón con que me escuchaba me irritó y no pude menos que continuar a gritos:

—¡Y no pienses que por una manta apolillada que le has puesto al cachorro te vas a apoderar de él!

El zingaro giró indiferente la cabeza y como si Basilio hubiera estado de parte suya, le dijo con seducción:

—¿Vas a comer, Basilito? Tu zingarito ha preparado una papa muy rica.

—Bueno —respondió mimosamente Basilio. Yo no podía comprender la premeditación con que me ignoraba mientras se arrellanaba entre los almohadones.

Entonces la vieja comenzó a saltar y cantar:

—¡Basilito va a comer! ¡Basilito va a comer! ¡Qué lindo es comer!

De pronto se le endureció el gesto y quedó rígida.

—Ahora verán qué es comer —y miraba indignada, de reojo, hacia el rincón en que estábamos el gato y yo.

Basilio no era el mismo de siempre. Pero no me sorprendió porque muchas veces había ocurrido lo mismo. Se retorció entre los almohadones haciéndose el regalón aunque su gesto era el de una persona que ejecuta una tarea de gran importancia en forma debida. Finalmente dijo con tono compungido:

—No puedo ir hasta la mesa. Me voy a resfriar. Esa mesa está muy lejos y el piso de baldosas es muy, muy frío. Mirá —y levantó hasta la cara del zingaro un pie descalzo.

No podía haber dicho nada mejor para el zingaro baboso. Sin pensarlo mucho, como valet que era, se tiró con los ojos entornados al suelo y formó un sendero humano desde el sofá hasta la mesa. Basilio se levantó y caminó por encima de la alfombra de carne; y cada vez que asentaba el pie, la alfombra ponía caras de dolor placentero diciéndose: "si para esto estoy".

Basilio se lanzó como un actor hambriento sobre las viandas. Hacía con las manos una bolita apretada de comida, la lanzaba al aire y la recibía con la boca. A la vieja le giraban los ojos de alegría y creo que estuvo a punto de sacarse el pañuelo de la cara. Por suerte para ella no lo hizo: se le hubiera agriado el espectáculo; nos habría visto al gato y a mí, que, en un rincón, les dábamos la espalda con disgusto, como niños en penitencia.

El zingaro continuaba humillado en el suelo. Basilio, abstraído

en sus malabarismos, aún no le había retirado el pie derecho de la cabeza.

UN SALTO POR LA VENTANA

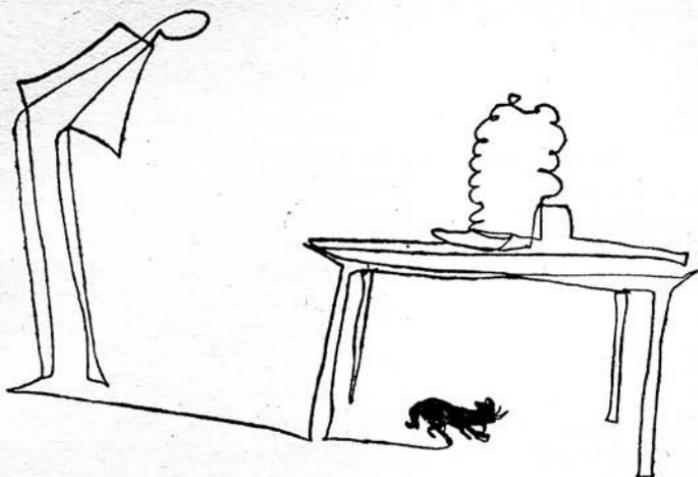
No pude soportar la segunda comida. El gato tampoco. Su plato y el mío humeaban acusadoramente sobre la mesa. El zingaro se dedicaba a calentarlos cada vez que se enfriaban. El vapor que desprendían, un vapor espeso, saturaba la atmósfera. En los ratos de ocio el valet se arrodillaba junto a Basilio, que continuaba en el sofá, y ambos jugaban con el cachorro. Sorpresivamente el animalito adoptó una postura alarmante y comenzó a hacer fuerza. El zingaro —con el pretexto de que no se ensuciaran las baldosas— le colocó las manos debajo. Pero era evidente que lo hacía para ensuciarse todo. Basilio, todos y él mismo sentirían piedad por él. —¡Cómo le gustaba la piedad al zingaro!— Además su intención de adueñarse del cachorro saltaba a la vista. “Este animalito nos va a crear inconvenientes —me dije—. Ni Basilio, ni yo, vamos a ser capaces de sostenerle las bosteadas de esa manera y es indudable que con esta educación necesitará una persona especialmente para eso”. Inicié un paseo dubitativo con la mano en la barbilla.

La vieja, al pegarle un palmetazo en la nariz al gato, ahuyentó mis cavilaciones. Al principio no entendí, pero después vi claramente el motivo. El gato había intentado escapar por la puerta del fondo. Todo terminó de aclararse cuando divisé una gatita amarilla que paseaba por una cornisa: le hacía señas con la cola al encerrado invitándolo a la virilidad. “Por esto no ha comido —pensé—, el amor y el encierro le quitan el apetito”.

El gato volvió a arremeter contra la puerta y la vieja lo recibió con otro experto palmetazo. Mientras la víctima se reponía —todos sabemos cuán sensibles son las narices de los gatos— la vieja le señaló autoritariamente el plato espeso y humeante.

—Esto es una vergüenza —dije, en voz alta a mi pesar—. Ahora ni los gatos pueden salir.

Me miraron todos con desprecio, como a un entrometido, incluso el gato, que se arrastraba lastimosamente hacia la mesa. Todos interpretamos mal su marcha. Creímos que se resignaba a comer, pero era un gato belicoso. Se refugió bajo la mesa e inició la construcción bamboleante de una trinchera con los restos de una caja de cartón. ¡Quién sabe para que guerra interminable se preparaba! La vieja sonreía feliz y, cada tanto, amenazaba juguetonamente con la palmeta la obra del gato. Señalaba así que aún reinaba en su



I. F. H. de la C. L. no.

feudo y que estaba entre sus posibilidades echar todo abajo cuando quisiera.

Para una persona de medianas luces esto era una profecía alarmante. Más aún cuando la vieja dijo lapidariamente:

—Si pretendés entrevistas con tus amistades, que ellas entren aquí. Ni imagines la posibilidad de salir. Mi gato no será un cualquiera.

El gato hizo oídos sordos y continuó afanado su construcción. Era visible que todas esas escenas no lo conmovían; es más, que estaba habituado a ellas a través de una larga experiencia hogareña. ¡Eso era el hogar y el gobierno para ellos!

No esperé más y me dirigí a Basilio:

—Amigo —dije, disimulando mi tensión—, tendría que hablar con vos en privado acerca de algunas cuestiones.

No respondió de inmediato. Terminó de mascar lentamente una aceituna, me miró de arriba a abajo, escupió el carozo en la mano solícita del zíngaro y me dijo:

—Si no me equivoco, gracias al cuidado de mi valet —¡ya se lo había apropiado!, aún tenés tu comida caliente. Alimentate primero y después discutiremos tus problemas en rueda de amigos. Porque aquí todos somos amigos y tenemos confianza —y sonrió.

Viendo que me convenía —tal como estaban las cosas— ocupar

una posición favorable desde el primer momento, salté sobre la mesa. Sin intención empujé los platos al suelo. Con gran espanto de todos se quebraron estrepitosamente entre un deslizar de potages derramados.

Como un avión de caza, me empiné y dije:

—No necesitás decir más. Comprendo que rechazás una charla íntima. Pero no me ablandaré. Estoy dispuesto a hablar ante una asamblea si es necesario. Y en cierto modo veía que esto era inevitable y ya estaba preparado.

Apoyé los talones sobre la mesa porque ya me dolían las pantorrillas y continué:

—No vayas a creer por lo que digo o por mi tono que te echo la culpa. Sé que sos débil y que la primera influencia perniciosa te dobla.

Pero la vieja no pudo con el genio.

—No usés tanta retórica y vamos al grano —dijo.

Fingí que no la escuchaba, como si mi charla hubiera sido con Basilio.

—Al emprender la marcha juramos, o juré, no desfallecer. Sabíamos que el camino era duro y nuestras fuerzas pobres; pero las reforzaríamos con nuestra amistad y los consejos que descubriéramos luciendo en las señales. Ahora todo esto desaparece: las señales sólo se encuentran andando y nuestra amistad es un cubito de hielo al sol. Además, ¿comprendes tu actitud: me acusás de no alimentarme como para una jornada? No sabés que el hambre y la sed los crea nuestro brazo mientras parte para el fuego? Sobre ese fuego sí que se pueden cocer asados sabrosos: asados que se comparten con los viajeros más extraños, pero más íntimos. Basilio, si no manejamos bien las cosas es el caos: el agua apaga el fuego y el fuego a su vez, la evapora; y el agua invade el aire no humedeciendo ya la tierra, que entonces se subleva y a espaldas del viento oscurece las mañanas... —Me sentí imbécil. Hice una pausa para recuperar fuerzas y sopesar mi auditorio: me observaban socarronamente. Esto me desató:

—Basilio —dije desesperadamente—, nuestra salvación la veo en que partamos cuanto antes. Si no, este ambiente dulzón va a agriar nuestras relaciones, si es que aún existen relaciones entre nosotros.

Basilio se retorció entre los cojines gimoteando y el zíngaro se abalanzó sobre él para consolarlo. Mientras acariciaba a la víctima me asestaba miradas de odio. La vieja —que seguramente no había escuchado nada de lo que yo había dicho a causa del pañuelo— ya

tenía meditado su ácido y me lo lanzó:

—¡Partir, partir! Desde mis tatarabuelos sabemos que no se puede llegar a ninguna parte. Y menos con la flacura que tienen. La actitud razonable sería quedarse aquí y engordar un poco. En eso sí estoy dispuesta a ayudarte. Viviríamos todos aquí, felices, en familia, comiendo y haciendo sobremesa. Pero los caminos que elegís, hijo mío, son más extraviados que los de un bosque.

Me irritó y grité con todos mis pulmones:

—¡Yo voy a caminar! ¡A caminar y nada más! ¡Y me estoy esperando al otro extremo de la calle! ¡Si nos quedáramos aquí, tus cochinos potages nos pondrían pesados como budas, pero jamás fuertes!

—Me parece una locura que partan ahora —interrumpió el zíngar con tono de fingida conciliación—, el cachorro les restará mucha fuerza de la que no podrán prescindir.

—Claro como el agua —asintió Basilio, que había reaccionado y se mostraba satisfecho de la excusa.

Tenía que rebatirlo. Me aventuré a decir, buscando la complicidad del zíngaro:

—El cachorro no es problema: se lo dejamos a tu valet. Hemos comprobado que es una persona solícita y que desplegará gran eficiencia a su servicio. Siempre es preferible que nos salvemos dos a terminar los tres hundidos. Más adelante lo rescatáramos. De todas maneras me doy cuenta que ahora no es nuestro

—¡¡Qué cosas me aconseja! —gritó Basilio levantando los brazos y abatiendo la cabeza en un almohadón. Quedé entregado a la reprobación pública

La mesa en que había combatido encaramado hasta ese momento comenzó a temblar. Esta debilidad debía ser efecto de los sucesivos embates que asediaban mi posición. Aunque podía provenir también de la labor subterránea del gato: aprovechando que no lo veía, quien sabe qué tareas de uña asesina había realizado en las patas de la mesa.

Viendo que yo descendía tambaleante, la vieja se apresuró para golpearme en mala posición. Trepó a su banquito y apuntándome bien con la boca dijo filosamente:

—Además todos sabemos qué buscan los viajeros de tu calaña. Por supuesto que fingen con suaves moditos ansiar un compañero, aunque se ve que no tienen pan que compartir —y subrayando cada palabra con un palmetazo en la pared continuó—; ¡en realidad lo que buscan es cabalgadura! Un lomo tierno donde asentar las posaderas. Pero Basilio no será tan tonto.

—Por supuesto que no —dijo Basilio con firmeza por primera vez.

Para mí fué un golpe profundo. En nuestras marchas las cosas habían ocurrido siempre a la inversa. Pero Basilio jamás lo reconocía; en su debilidad lo enceguecía la envidia. Mostrando ya mi derrota, señalé a la vieja y dije con voz cansada:

—Todos te han perdido, pero principalmente ella. En su cara está tu destino: ¿Qué le ha valido comer y comer, si ahora tiene las muelas que no puede dar ni un bocado?

—¡Mentira! —saltó airada la vieja —Mirá todo lo que he comido hoy...— y vomitó sobre la mesa gran cantidad de alimentos, ordenados por clases y colores.

Basilio aplaudía con aprobación mientras me señalaba el montón con la mirada. Tanta cochinería terminó por asquearme. “Si no respiro aire puro, yo también vomito”, murmuré. Miré la ventana y corrí hacia ella. Haciendo en el aire un saludo al cachorro salté por la ventana trizando el vidrio.

Las esquirlas de cristal que arrastró mi cuerpo se quebraron con sonido de agua sobre la vereda. Caí parado y sólo tenía un rasguño en la frente. En el otro hotel salieron de inmediato atraídos por el ruido. Esbozando gestos de sincero dolor hacían señas amistosas para que fuera con ellos. Pero yo estaba definitivamente quemado por los hoteles y los encierros. No volvería a repetir ninguna quemadura. Les envié un saludo de adiós a pesar de lucir el amor en sus miradas y a pesar de mi pecho, que les profesaba un cariño antiguo.

Todavía era noche, pero la nieve ya se había derretido y lloviznaba suavemente. Me subí el cuello del saco y eché a andar con cuidado, pues calzaba chinelas y temía mojar me los pies.

Basilio y los demás se asomaron entre los cristales trizados y me gritaban palabras que parecían manos. Y agitaban el cachorro en el aire. Pero todo esto, sólo para molestarme. Sentí piedad por ellos mientras me alejaba.

EL COLECTIVO, LA MUJER Y LA MAÑANA

Anduve hasta que se perdió a lo lejos el estruendo que hacían las dos posadas por mi ausencia. Otra vez solitario, pegado a las paredes, caminando. Seguramente la soledad es inevitable, pero siempre se ansía una cintura para ceñir con el brazo; aunque no sirva para otra cosa, por lo menos ayuda a disimular un poco.

En realidad no había logrado mucho con el salto: después de él comenzaba lo agobiante. El recuerdo de mi libertad estaba preñado de

caminos, pero ahora deambulaba a la deriva: ni siquiera encontré las huellas de mis viejos pasos en la nieve, pues ya la nieve se había derretido. Sin sentido: esto era lo hondo en que me hundía. Y nada más. Pero impulsaba mis piernas la débil esperanza de encontrar un fondo donde orientarse hacia la luz.

La noche y el frío se complacen en acosar a los extraviados. El frío aguarda agazapado en cada esquina y azota la cara del viajero con un aletazo de viento. Y la noche, las sombras, la oscuridad informe, se despliegan ávidamente negando todos los caminos, como el gran abanico negro de una viuda.

Estaba cansado. Decidí apoyar la espalda en el tronco abandonado de un árbol. La llovizna me había calado hasta la médula. Tiraba desde la cabeza a los pies con regularidad de mecanismo.

De pronto a lo lejos apareció un colectivo que se fué aproximando cansinamente. Chirriaba como una carreta, amenazando detenerse a cada instante y el motor llenaba de estertores el vacío de la noche. Por fin se detuvo a mi lado y se abrieron las portezuelas con un resoplido pavoroso de vapores. No estaba en condiciones de rehusar tal invitación. Monté con lentitud pues el cansancio me mordía las piernas: todos sabemos que los viajeros sin rumbo son quienes más caminan aunque no lleguen a ninguna parte.

—¡Arriba... carrera mar! —rugió el conductor, que lucía gorra y charreteras cubiertas de entorchados.

Me apresuré todo lo posible sin lograr satisfacerle, pues llevé amenazadoramente la mano a una manguera de incendio que pendía a la izquierda del volante.

—A éste vamos a tener que aplicarle el reglamento si no se aviva un poco. —le dijo al guarda, cuyo uniforme, si no tan marcial, era más aguerrido que el del conductor. En la maquineta de los boletos, erizada de púas como una maza medieval, se percibía de inmediato quién controlaba prácticamente la disciplina del colectivo.

El guarda me observó un momento. Me despreciaba de arriba abajo en todo mi cansancio e ignorancia de la nueva situación. Finalmente me espetó, mojándome con un poco de saliva:

—Seguro que no conocés el reglamento. Allí está, en ese cartel. Hasta que no me lo recités de memoria no te dejo viajar.

En la pared del coche se leía en letras fosforescentes:

PENTALOGO DEL BUEN PASAJERO

(Pequeño contrato social)

Honrarás sin descanso al chofer.

Quien se acomoda primero en un asiento, lo posee.

No envidiarás los asientos ajenos.

Viajarás en silencio.

Yo soy el señor dios tuyo.

"Sociedad de Explotación"

Me parecía conocer estas máximas desde siempre. Las repetí al guarda sin ningún inconveniente, a pesar que la maquinita de boletos amenazaba sobre mi cabeza, dispuesta para reprimir la menor incorrección.

El precio del pasaje me exprimió de los bolsillos hasta la última gota metálica. Era un abuso de fuerza, pero preferí no protestar. Si le daba ocasión de actuar, quien sabe a dónde llegaría la arbitrariedad del guarda. Aunque el atuendo bélico de ambos personajes sólo era una moda no por eso dejaba de ser efectivo.

Pasé al interior del coche y me tiré en el primer asiento libre que vi. El lado de la ventanilla estaba ocupado por un gordo fofo y enorme. Cuando sintió que yo meneaba las caderas sobre el asiento, para acomodar aunque más no fuese una nalga, se puso rígido y me lanzó miradas furibundas.

—Correte, gordo, o armo un escándalo —dije en voz baja—. Estás ocupando el espacio de varios hombres.

Mis palabras lo alegraron. Sonrió y se acomodó como araña que encontró su mosca.

—¡Qué chiquilín más novato! Nada menos que pretender cambiar el mundo. ¡Cuántos antes que vos lo han intentado! Y no te sirve de nada su experiencia. Ni saber el pentálogo: "Viajarás en silencio" —y al recordarme el mandamiento, señaló la maza del guarda: indiscutiblemente, estaba a su servicio.

Me dió asco. Pero tenía la fuerza de su parte, como una prolongación de sus carnes fofas. Y yo estaba solo. Jamás me dolió tanto estar solo. No pudiendo hacer otra cosa, escupí despreciativamente. Me paré y trastabillé hasta el fondo del coche. Allí encontré sitio. Todos los abandonados competíamos en flacura y el paisaje era asqueroso y maloliente, a pesar de estar allí el motor que impulsaba todo el coche.

Mis hermanos de viaje eran sucios y sus caras cadavéricas, pero se daban las manos como hombres. Sentí que en esas manos estrechadas hundía sus raíces una obra gigantesca. "Algún día seremos bellos" —me dije. Después el sueño cayó sobre mis ojos.

Me despertó el peso de una persona sentada en mis rodillas.

Entreabrí suavemente los ojos para ver quién era. Tardé bastante en reconocerla: era una amiga íntima que siempre había esquivado obstinadamente. Una de esas mujeres que nos arruinan las fiestas porque nos pasamos la noche evitando saludarlas. Que estuviese a mi lado era inexplicable. ¿Cómo me encontró y por qué había tomado esa confianza conmigo? —¡Nada menos que sentada en mis rodillas!

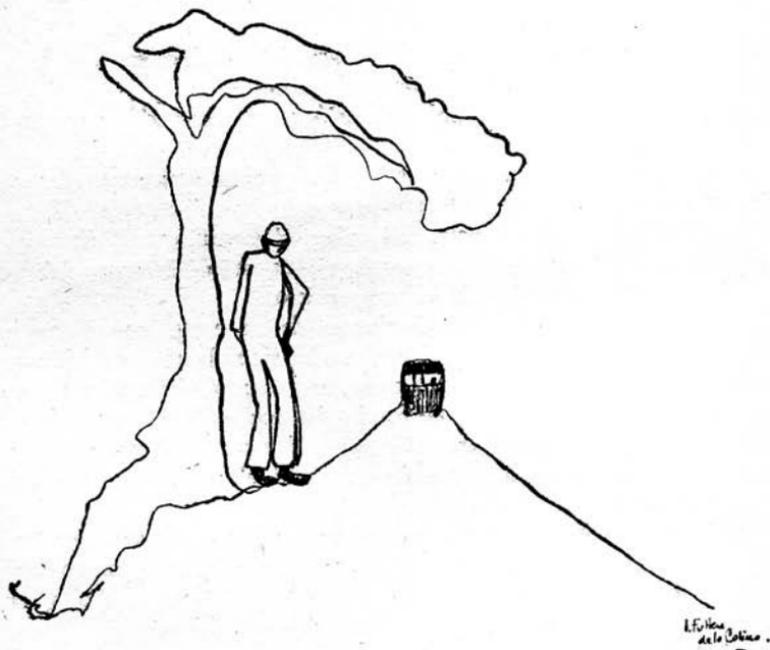
—¿Qué haces aquí? —le pregunté mientras le tiraba del vestido gris.

No se inquietó, sino que, con una mirada tranquila, de ojos vacíos, me respondió, ahuecando exprofeso la voz:

—Me estuviste llamando mucho este último tiempo. Y el que llora mamá. ¡Y mamarás unas verdades lacerantes como puñados de hojitas de afeitar!

Me desagradó su pretensión evidente de asustarme. La miré fijo pero no pude entrever nada. Para sacármela de encima dije algo que, en cierto modo era verdadero.

—Me pinchas los muslos con los huesos —y la empujé en el pecho con ambas manos.



Los senos redondos y abundantes contrastaban con la escualidez del cuerpo. Parecían artificiales por lo perfectos: sólo el tacto me reveló que eran de carne. ¡Quién sabe cuántas vidas podía ahorrar con la leche que llevaba allí!

La molestó bastante sentirse rechazada. Se olvidó de su papel y me habló con voz natural.

—Tenía algo que enseñarte, pero si te ponés así me marchó.

Sorpresivamente, aprovechando que el vehículo se había detenido, saltó por la puerta. Cuando reaccioné estábamos otra vez en movimiento. Esperé hasta la parada siguiente, porque siempre es mejor comportarse con legalidad, cuando no se está en condiciones de voltear la ley.

Cuando descendí del colectivo continuaba garuando. Mi amiga debía estar bastante lejos. A pesar de la oscuridad la busqué en todas direcciones con la mirada. Por fin la divisé a lo lejos, en el triángulo amarillo de un farol. Vi que me esperaba y caminé tranquilamente hacia ella. Pero siempre había sido una mujer imprevisible: cuando estuve a pocos pasos de distancia se echó a andar delante mío sin dejar que me aproximara. Era irritante que tuviera esas tretas conmigo.

Después de unos minutos, cuando cruzábamos un bosquecillo, le grité:

—¡Cada noche sos menos perspicaz! No te das cuenta que todas estas vueltas son inútiles, desde que estoy decidido a ir.

Pero no respondió y deambulamos largo rato de esa manera. Me parecía estar siguiendo a una perra en celo.

Súbitamente, en medio de la noche, surgió una puerta y mi amiga se hundió en ella. Creí que la perdía, pero cuando llegué a la puerta aun estaba entornada; daba a una escalera empinada y lóbrega. Me arreglé el cuello del saco y comencé a descender.

En el fondo, la escalera terminaba en una habitación rectangular. Allí estaba mi amiga sentada, esperándome. Sin hablar apagó la luz y una linterna proyectora chorreó su haz sobre la pared. El film mostraba el interior de un colectivo. Había un solo pasajero, dormido en el fondo. El guarda se acercó a despertarlo y le tocó el hombro. El tipo se hizo el distraído y no se movió. El guarda le levantó la barbilla con la mano y me reconocí —aunque mi cara estaba demasiado ausente. Cuando me soltó la cabeza, caí hacia adelante como una bolsa vacía.

Ver esta escena liberó en mí un haz de insospechadas energías y se me erizaron los pelos de la nuca. Mi amiga encendió la luz, abrió

los brazos y ahuecó la voz para abarcar la habitación.

—Y ésta es tu madre. Si no fuera por ella te desperdiciarías.

No me agradó nada el rumbo que tomaba el asunto. Primero porque jamás me ha gustado ser juguete de nadie, y después porque la profesión de faldero es denigrante. Como decía mi padre: "está bien que el hombre sea un hueco por el que aparece la tierra, y que de esto se pueda concluir que la tierra es un hueco en que desaparece el hombre. Pero esta desaparición es sólo aparente". De manera que le contesté con toda naturalidad y fundándome en mis derechos:

—Perfecto, pero voy a dar otra vuelta, y mientras tomo aire, trataré de entender mejor las cosas.

Se comportó razonablemente y me dejó en absoluta libertad.

Afuera había dejado de llover y amanecía. Las estrellas brillaban indecisas a lo lejos. Miré las calles —porque con la luz habían nacido calles y una ciudad dormida que empezaba a despertar—, miré las calles, digo, y aunque no tuve miedo de perderme recordé un cuento de mi infancia: Pulgarcito, para encontrar el punto de partida va lanzando miguitas por el bosque. Siempre me ha parecido que la orientación de los caminantes es conservar todo el camino en su poder, como el labrador que ciñe con el brazo la gavilla de sarmientos que siembra o de trigo que va cosechando. Rebusqué en mis bolsillos y lo único que pude encontrar para ir hilvanando mi trayecto fué mi cédula. Sin pensarlo mucho me eché a andar. Y a cada charco de la lluvia fui entregando con amor mi trocito de papel; pues corría viento, el viento de la mañana, y si dejaba mi identidad en seco, el viento la llevaría al aire y el aire es seguro que no la devuelve más.

Buenos Aires, 18 de Febrero de 1955.